

» la cabeza del Precursor de Cristo. » Tal vez era mas que dudosa la autenticidad de esta reliquia; sin embargo nadie en la Aquitania soñó en ponerla en duda; y no solamente de toda Francia sino de los países extranjeros acudian á venerarla masas de gente. El rey Roberto vino con la reina Constanza y ofreció una concha de oro de treinta libras, con otros muchos ornamentos ricos. Vinieron tambien Sancho, rey de Navarra, el duque de la Gascuña, el conde de Champaña y casi todas las personas ilustres, regalando ricas ofrendas. Referimos este hecho como prueba característica de las costumbres del tiempo: muchos otros se presentan del mismo género. Los escritores enemigos de la religion toman de ello ocasion para atacar la sencillez crédula de los tiempos de fe: y aun dicen que los sacerdotes y monjes explotaban en provecho suyo la supersticion popular. Para ser justos y veraces, era necesario dijera que si hubo error en el grado de veneracion tributada á ciertas reliquias, no existia en ninguna parte supercheria. Los sacerdotes y monjes participaban sinceramente de las creencias de su época; y si habia engañados, ellos lo eran primero. Respecto de los inconvenientes que podian resultar de la devocion de los pueblos á reliquias cuya autenticidad no nos parece harto probada, para nosotros que podemos juzgar y juzgamos segun los extensos y seguros medios de una ilustrada crítica, hé aquí la prudente observacion del protestante Leibnitz: « Probando que se puede honrar á los santos con justicia, y » encerrándose en los límites que hemos señalado, hemos demostrado que se pueden igualmente venerar sus reliquias, y » en su presencia, así como ante las imágenes, tributar homenajes á los santos á quienes pertenecen. Ahora bien, como » no se trata aquí sino de pios afectos, poco importa, aun » cuando por casualidad las reliquias que se creen verdaderas, » sean supuestas. »

17. El prelado que en esta época dió pruebas de profundo saber teológico, fué Burchardo, obispo de Wormes, en 1006. Nació en el Hesse, de padres acomodados que le enviaron á estudiar desde luego á Comblenza, y despues al monasterio de

Loches y á Lieja. Promovido aun muy jóven al obispado, conservó su inclinacion á los estudios. No habiendo cerca ninguno que le ayudase, rogó á Baldrico, obispo de Lieja, con quien cultivaba sincera amistad, le enviase un hombre versado en la sagrada Escritura para ponerse bajo su direccion. Baldrico le dió el monje Olberto, despues abad de Gemblours. Burchardo tenia un proyecto gigantesco: trabajaba en la formacion de una teología canónica con el fin de restablecer en su diócesis la observancia de la disciplina. Fué ayudado en esta voluminosa compilacion por Walthero, obispo de Espira; por Brunichon, dean de Wormes, á quien dedicó su obra; y sobre todo por Olberto, su maestro. Para reflexionar con madurez sobre el conjunto y los detalles de su obra, se retiró á un ermitorio que se hizo construir á dos leguas de Wormes. Las autoridades en que se apoya en esta larga obra, son las Escrituras, los santos Padres, Basilio, Jerónimo, Agustín, Ambrosio, Isidoro de Sevilla, y san Benito; las decretales de los papas, los cánones de los Apóstoles y concilios; los penitenciales de Roma, de san Teodoro de Cantorbery y del venerable Beda. La obra está dividida en veinte libros, que abrazan el conjunto de todos los deberes sociales en sus relaciones con las diversas condiciones. Todo está enlazado en la Teología moral y judiciaria de Burchardo: la regla suya, es la palabra de Dios interpretada y aplicada por su Iglesia. Toda la jerarquía espiritual y civil cabe en dicho plan, desde el papa hasta el último clérigo, desde el emperador hasta el último padre de familias. Los modernos críticos han notado algunos descuidos en el inmenso trabajo del santo y sabio obispo de Wormes: como por ejemplo, citas que no están sacadas de las piezas originales, sino de otras colecciones erróneas ó defectuosas. Una palabra basta para excusarle. En el siglo ix, no se tenian á mano, como hoy, las magníficas ediciones de santos Padres y concilios que debemos á la erudicion de los Benedictinos y Jesuitas, de los Mabillones, Labbes, Mansis y Ballerinos. Era necesario recurrir á manuscritos difíciles de hallar y aun mas de leer; y si algo ha de extrañarnos, es el prodigioso saber de Bur-

chardo en un siglo llamado tan injustamente de *ignorancia*.

18. Respecto de la famosa coleccion de las decretales de Isidoro Mercator, de la cual sacó muchas el obispo de Wormes, los escritores hostiles al supremo pontificado le echan en cara haber sido compilada con espíritu parcial á favor de los papas y por órden de estos. Alegan que no tiene otro apoyo que esta compilacion la costumbre de reservar al sumo pontífice *las causas eclesiásticas mayores* y el derecho de *apelacion á la corte romana*. El Ilmo. Palma responde á estas tres quejas victoriosamente. « Consta, dice, que muy lejos de » haber mandado los papas redactar la coleccion de Isidoro » Mercator, se han negado siempre á reconocer la autenticidad de todas las decretales que contiene. Se ha querido sostener que las habia aprobado Nicolás I, lo cual es enteramente falso. La historia de la Iglesia nos suministra desde » los primeros siglos muchos monumentos de la tradicion » apostólica, que reservaba á la Santa Sede el conocimiento » de las causas mayores. Inocencio I escribia en 404 á Victricio, arzobispo de Rouen: *Si aconteciere formarse causas » mayores, es necesario, segun los decretos del concilio y antigua costumbre de la Iglesia, deferirlas á la Sede apostólica » despues que hayan sido juzgadas por los obispos* (1). El concilio á que alude el papa Inocencio, es, segun todos, el de » Sárdica. El papa san Zósimo escribia en el mismo sentido á » los obispos de las Galias; Sixto III á Anastasio, obispo de » Tesalónica; Leon Magno á los obispos de la Iliria. Luego la » costumbre de reservar las causas mayores al juicio de la » Sede apostólica no es innovacion de Isidoro Mercator, sino » una tradicion apostólica. Lo mismo hay que decir respecto » de las apelaciones á la corte romana, de que hallamos frecuentemente ejemplares en la historia de san Cipriano, de san Atanasio, de Marcelo de Ancira. Es claro que á nada de esto ha » podido contribuir la compilacion de Isidoro Mercator (2). »

(1) « Si majores causæ in medium fuerint provolutæ, sicut synodus statuit et vetus consuetudo exigit, ad sedem apostolicam, post episcopale judicium, referantur. »

(2) *Prælectiones Historiæ ecclesiasticæ*. Palma, tom. II, cap. XIV.

19. La ciencia y la virtud, que tan ilustres representantes tenian en Francia y en la Germania, podrian presentarnos nombres tan célebres en Inglaterra y en España. Bastará que citemos san Dunstan, san Elfeigio, arzobispo de Cantorbery (1), san Alfrico y Leofrico en Inglaterra. San Froilan, obispo de Leon, y san Atilano, de Zamora, hacian la gloria de la católica España, que continuaba sus guerras seculares contra los Moros. Roberto Pio, en Francia; Alfonso V, en España; san Enrique II, en la Germania; san Estéban, en la Hungría, ponian su influencia y poder en servicio de la cristiandad. El Oriente, bajo la dominacion simultánea de Basilio II y de Constantino VII, estaba en paz con la Santa Sede. El pontificado de Juan XIX se transcurrió en semejantes prósperas circunstancias. Este papa restableció el obispado de Mersburgo y erigió el de Bamberg á ruegos de san Enrique II. Por los años 1005 y 1006, diversos concilios en Italia y Francia reglamentaron varios puntos de derecho canónico. San Brunon, llamado Bonifacio, á cuyo favor se habia restablecido el obispado de Mersburgo, recibió la corona del martirio en Rusia, á donde le habia llevado su celo para predicar el Evangelio en comarcas aun paganas, el 14 de febrero de 1009. La Iglesia, pues, dotada de fecundidad divina, extendia sus conquistas y derramaba la sangre de sus mártires en playas lejanas cual simiente de nuevos cristianos. Juan XIX, antes de ir á dar cuenta á Dios de un pontificado que tanto habia ilustrado con ejemplos de virtud, conoció la necesidad de recogerse en una soledad. Abdicó el pontificado y abrazó la vida monástica en la abadia de San Pablo de Roma. Despues de su retiro vacó tres meses la Santa Sede.

20. Se coloca bajo el pontificado de Juan XIX el importante descubrimiento de la gama ó escala musical por Guido de Arezzo, monje benedictino, que de este modo fijó los principios de la *tonalidad* moderna, y anunció ya el progreso que la mú-

(1) Muy pronto referiremos su martirio por los Dinamarqueses, invasores de la Inglaterra.

sica habia de realizar en las obras maestras de los mejores músicos modernos. Guido de Arezzo dió á las seis notas musicales los nombres de las primeras sílabas del himno que canta la Iglesia romana en las vísperas de san Juan Bautista :

*Ut queant lapis resonare fibris  
Mira gestorum famuli tuorum,  
Solve polluti labii reatum,  
Sancte Joannes.*

En una carta donde expone las ventajas de su nuevo método, el humilde religioso se expresa de este modo : « Yo espero » que los que vengan despues de nosotros rogarán á Dios por » el perdon de nuestros pecados ; porque en lugar de diez » años que eran menester antes para lograr á mucha costa » adquirir una ciencia muy imperfecta del canto eclesiástico, » formamos ahora un chantre en un año, á lo mas dos. » Y en efecto, es fácil imaginar cuán difícil debia de ser estudiar el canto antes de la invencion de la gama. El papa llamó á Roma Guido de Arezzo y le participó su viva satisfaccion por tan útil descubrimiento. La primera misa que se cantó en Alemania segun el método de Guido de Arezzo fué ejecutada en Bamberg, cuando se consagró esta catedral por el papa Benedicto VIII. Todo el mundo quedó maravillado de la facilidad con que se podia aprender la música que antes costaba diez años de ímprobo estudio (1).

(1) « La gama inventada por Guido de Arezzo no tenía en un principio sino las seis primeras notas ; mas tarde se añadió la séptima, que completa las entonaciones de la escala musical. En nuestros dias se ha descubiertó una correlacion sorprendente y misteriosa entre las siete entonaciones principales del sonido, los siete principales colores de la luz, y las siete figuras principales de la geometría. Por ejemplo, una barra de hierro, calentada gradualmente, presenta gradualmente los siete colores principales. Si en esta gradacion de incandescencia se da un golpe en la barra, va dando gradualmente las siete notas de la gama musical ; si se coloca á un lado, en una hoja de lata ó cubierta de piano, polvo fino y ligero, las vibraciones graduales de las siete notas principales formarán gradualmente, con el polvo, las siete figuras principales de la geometría, el círculo, la elipse, el cono, etc. Este misterio de la naturaleza parece extenderse muy lejos. » Rohrbacher, *Historia universal de la Iglesia católica*, tom. XIII, p. 440.

§ IV. PONTIFICADO DE SERGIO IV (11 de octubre de 1009-13 de julio de 1012).

21. El pontificado de Sergio IV, elevado á la Sede apostólica el 11 de octubre de 1009, coincidió con un desastre que hirió al corazon de toda la cristiandad. Los Musulmanes derrocaron en Jerusalem la iglesia del Santo Sepulero, que ya habia sido abrasada por los Persas en el siglo VII. Corrió fama que este último acontecimiento fué por culpa de los Judíos de Francia, que habian escrito al califa Hakem que si no arruinaba prontamente este sagrado recinto, objeto de universal peregrinacion de los cristianos, muy pronto le despojarían estos de sus Estados. El portador de esta carta fué prendido en Orleans, donde le reconoció un peregrino que habia ido con él á la Palestina. Confesó su crimen y fué condenado á ser quemado vivo. Fueron arrojados de Orleans todos los Judíos, que eran numerosos y ricos. La noticia de esta traicion se esparció por todo el universo, lo cual hizo que todos los príncipes cristianos les arrojasen de sus dominios. Estalló en todas partes el odio público contra ellos ; se les echó fuera de las ciudades, se les persiguió por los campos como á animales dañinos : fueron muchos ahogados, gran número perecieron al filo de la espada, ó con varios tormentos ; algunos se suicidaron desesperados, y otros se hicieron bautizar para librarse de una muerte casi segura. Los odios nacionales, exaltados por estas venganzas, llegaron á excesos que no pueden menos de condenar nuestras actuales costumbres ; y aun duraron toda la edad media. Se ha tomado ocasion de acusar á la Iglesia cual si ella hubiera excitado la indignacion popular contra los Judíos, y como si toda la sangre vertida en esta ocasion debiera imputársele. La historia, que solo es testigo de la verdad, no puede ser cómplice de semejantes calumnias ; y solo relata los hechos y la tendencia general de toda la cristiandad contra los Judíos, raza deicida y marcada con el sello de la reprobacion. La escision profunda que existia entre los hábitos de los pueblos cristianos y los de esta abominable